

YADIRA CALVO

El interés por las obras narrativas se origina, a juicio de algunos, en la capacidad fabuladora del ser humano, que, en la infancia, antes de que las coacciones sociales se lo impidan, se manifiesta como un creador nato de personajes imaginarios. Más allá de ese lindero, sólo algunos conservan la vocación narrativa, pero todos, o casi todos, seguimos siendo sensibles a las historias que otros urden para nosotros. Tal vez porque, como ha sugerido alguien, necesitamos "amueblar el silencio para moderar el miedo o conjurar la muerte".

Esto explica por qué la aparición de una buena novela o un buen relato, es recibida como un magnífico regalo por quienes pertenecen a la cofradía de los que leen y los que juzgan. Cuando apareció **Mundo de Tipirito**, en 1979, la crítica sagaz de José Marín Cañas la saludó con reverencia desde las páginas de *Ancora* (14/1/79), donde la definió como "una de las obras más finas, emocionantes y ricamente adornada tal como una sábana de encaje a mano".

Se trataba de la primera obra extensa que publicaba la autora, quien tenía ya un buen trecho recorrido en el campo del cuento: había publicado en diarios de Guatemala, donde residió durante algunos años, y posteriormente en el *Excelsior*, cuando regresó a su tierra natal.

Nueve años después, la Editorial Costa Rica lanza una segunda edición, para beneplácito de los lectores que tienen por días fastos aquellos en que sale un buen libro de las prensas de una imprenta. Pero entre las dos ediciones, Delfina escribió y publicó varias obras más, porque es autora prolífica. Sólo que cambió de rumbo: primero se puso seria en la colección de relatos *Tierra Oscura*, y después encontró su mejor vena en la narrativa infantil, a la que ha enjoyado con títulos que se convertirán en clásicos del género.

Marín Cañas se refirió a **Mundo de Tipirito** como una novela "suave, erótica en tramos, muy hogareña, con personajes de lengua viva e interesantísimos acaeceres, llenos de gran espontaneidad y picardía", pero con ser todo eso, esta obra es también y sobre todo un libro de humor, para contrariedad de los maniqueos del sexo, como Congreve, como José Pla o como Santiago Vilas, quienes están dispuestos a jurar que el humor es, para las mujeres, un don inaccesible. Sus argumentos son los mismos que históricamente se han usado para negarnos cualquier otra capacidad: una supuesta limitación innata, originada en un defecto de la inteligencia. Apadrinando la misma idea, aunque con su característico ingenio, Oscar Wilde afirma que carecemos de humor porque Dios quiso impedir que nos riéramos de los hombres.

Pero como el movimiento se demuestra andando, aquí está esa brevisísima obra, perteneciente a una tradición narrativa humorística



Mundo de Tipirito, sábana de encaje a mano

Quando **Mundo de Tipirito** apareció en 1979, José Marín Cañas saludó la novela con reverencia. Nueve años después, la Editorial Costa Rica lanza una segunda edición.

ca muy antigua en nuestra literatura: aparece en el siglo primero con el español Marco Valerio Marcial, en cuyos epigramas, escritos en latín, se presenta ya el tono festivo, la agudeza, la ironía, la inspiración popular y el moralismo reconocibles en la literatura humorística castellana desde sus inicios.

Inscrita en esta modalidad que no desdeñaron el Arcipreste de Hita, ni el de Talavera, ni el anónimo autor del Lazarillo, ni el inmortal

de *La Celestina*, ni el glorioso padre de *Don Quijote*, la autora de **Mundo de Tipirito** usa las mismas o parecidas tintas, siempre brillantes, en que mojan una pluma tantos gloriosos de nuestra historia literaria.

Hay una línea, a veces frágil, que separa el humorismo de la humoricidad. Esa línea se rompe en el momento en que aquél, en el que se poetiza, se intelectualiza y se sublima el humor, se vuelve ridículo, vulgar, zumbón y

sin altura. Entre el humorista y el humoricista hay una raya demarcadora fácilmente reconocible: es la que separa a Cervantes de Rabelais; humoricista es el contenido de *Gargantúa y Pantagruel*, humorista es el de *El Ingenioso Hidalgo*. Y lo es, también, si no en todos, en sus mejores momentos, ese **Mundo de Tipirito**, "sábana de encaje de mano" que Delfina Collado ha tejido como un juego entre regocijante y lírico, en el que está casi siempre presente lo maravilloso, en el sentido que le da Todorov como "lo sobrenatural aceptado". En **Tipirito** a nadie espanta que un difunto regrese por las noches a calentar el lecho de su viuda, ni siquiera cuando, alguna vez, se equivoca de cama y comete un adulterio post mortem con una amiga de aquella; ni aparece anormal la idea irreverente de hacer una competencia de saltos de garrocha sobre el féretro de un muerto, aun cuando aquel termine por emocionarse, se levante a competir y hasta obtenga un decoroso segundo lugar en el campeonato: "cuando se cansó y se le hubo aplaudido —dice la narradora—, volvióse a acostar en su cómodo ataúd" y a la mañana siguiente lo fueron a enterrar "con todos los consabidos auxilios de la santa religión. ¡Amén, amén!"

A **Tipirito**, que huele a pan y a agrio perfume de boniga, se llega "por un camino bordado de girasoles y bajo un sol siempre punzante"; y una vez allí ya no se sale nunca, aunque el volcán Chipi-Chipi no deje más sobrevivientes que don Anacleto, el perico y los girasoles.

Apelando a un recurso clásico en las colecciones de cuentos renacentistas desde *El Decamerón* de Boccaccio, *El Heptamerón* de Margarita de Navarra y las *Novelas amorosas y ejemplares* de María de Zayas y Sotomayor, Delfina Collado congrega a todos sus personajes en un lugar y situación donde se crea una atmósfera propicia para los relatos: este lugar es la casa de los Guerra Paz y Paz, con "veintisiete habitaciones, cinco cocinas y siete jardines llenos de pajaros, loros y ardillas", alimentados todas las mañanas por un viejo tuerto y otro renco; la situación: unas vacaciones de Semana Santa.

Aunque Marín Cañas anuncia que estamos ante "una obra realizada con profundo cuidado, no solamente en el léxico, sino en la arquitectura, vitalidad de sus múltiples personajes, caracterizaciones claras y definidas...", no parece ser la preocupación por el detalle la mayor virtud de la autora, quien escribe a vuelapluma, rara vez corrige sus escritos, y pasa de una obra a otra como tratando de compensar su ingreso tardío en el mundo de la obra impresa.

Cierto que esta apresurada faena en que se esmera por crear mundos a toda prisa, tiene su precio que pagar: lo que le gana en espontaneidad y virtuosismo, se lo merma en técnica y en profundidad. Pero es necesario conceder que el abocetamiento se hace perdonar fácilmente por quienes pueden apreciar, en los relatos de Delfina Collado, su gran habilidad para "amueblar el silencio".